

tuviese muy claro viéndose en él grupos aislados de olmos y encinas seculares rodeados de matorrales, no muy altos, que crecían á su sombra.

Al observar aquel silencio, cualquiera hubiera dicho que allí no había nadie y si la más completa soledad, y sin embargo, un hombre había llegado apresuradamente al terreno antes que los dos adversarios.

Era Trediou, que en el despacho de su amo habíase enterado de todo, y en cuanto averiguó cuales eran las condiciones del duelo y el sitio en que éste debía verificarse salió de su escondite arrastrándose como un indio, llevándose una escopeta.

Tredieu idolatraba al Almirante y el pensamiento de que el Dupue podía matar á su amo le hacía experimentar torturas indecibles, porque su instinto de justicia se sublevaba recordando cuales habían sido las penas del Conde, penas de las que como confidente forzado fuera él testigo.

Escogió su escondite y oculto en la linde del bosque, esperó con calma relativa emboscado entre las ramas, viendo llegar al Almirante y al Duque.

En cuanto los dos adversarios fuéronse cada uno por su lado, Trediou se acurrucó en su escondite, preparándose á todo evento.

El conde de Kerhoët se dirigió con paso firme y sin la menor vacilación hacia el funesto sitio que de antemano le había sido designado y allí sacó el reloj, y en el momento preciso en que podía avanzar se puso

en marcha, mientras que desde el suyo hacia otro tanto el duque de Rouévrés.

Ambos siguieron su camino con un paso muy igual y al llegar á veinte pasos de la plazoleta detúvose el Duque, apuntando á su adversario que seguía avanzando.

Al llegar el Almirante al centro de la plazoleta y del paseo, hizo fuego el Duque, esperando que aquel cayese redondo al suelo. Pero experimentó alguna vacilación al observar que seguía avanzando impasible hasta que se colocó á diez pasos de él.

Por segunda vez levantó el Duque la pistola para apuntar, pero su muñeca rota no pudo sostenerla y la dejó caer en la hierba.

Trediou, que desde su observatorio apuntábale con su escopeta, pronto á vengar á su amo si le hubiese matado ó tan sólo herido, exhaló un suspiro de su ancho pecho.

—¡Buen blanco, mi Almirante!—pensó.

XX

En el momento mismo en que los dos adversarios salían del castillo de Savigneux, se presentó el cartero llevando unas cuantas cartas para la Condesa. Entre esas, habíase deslizado por equivocación una que estaba destinada al Almirante, y Benita, que era la encargada de recogerlas, no lo observó.

En el sobre de esa carta leíase una palabra escrita con una letra más gruesa y además subrayada, que llamó la atención de Valentina:

Urgente.

El sobre, á juzgar por la letra, debía estar escrito por una persona poco acostumbrada á manejar la pluma, porque la escritura era tosca y poco legible.

Miróla Valentina y dióla mil vueltas en todos sentidos, creyendo que tenía en sus manos la explicación del enigma que absorbía todas las facultades de su alma, haciéndola insensible á cuanto la rodeaba. Advirtióselo así un secreto instinto, pero no se atrevió á violar el secreto de aquella correspondencia, porque nunca había abierto ni una sola carta de las dirigidas á su esposo.

—Benita, —dijo á su doncella, —vé á buscar al Almirante, y dile que haga el favor de venir, que tengo que hablarle.

—Voy en seguida, señora, contestó.

Marchóse la provenzala.

Quedóse sola la Condesa que, dominada por ese malestar que se experimenta cuando se va á saber una mala noticia, acercóse á la ventana, no atreviéndose á abrir esa carta que la quemaba las manos, y de cuyo contenido una fuerza irresistible impulsábala á enterarse. Desde la ventana vió á Jorge y á Marta; á ésta cosiendo algunas prendas de ropa blanca de su uso, mientras que Jorge,

con una gran cartera sobre las rodillas, entreteníase en dibujar.

Al contemplar aquel cuadro, una dolorosa sonrisa vagó por los labios de la Condesa.

La llegada de Benita distrajo á Valentina.

—El señor ha salido, —dijo.

—¿Solo?

—No, acompañado del señor duque de Ronévres.

—¿Hace mucho rato?

—No, acaban de salir.

—¿Hacia dónde fueron?

—Por la parte del campo.

Un pensamiento horroroso ocurriósela, y las inquietudes que la dominaban hacía días, tornáronse más vivas y violentas.

Por un momento olvidó la carta que tanto la fascinara y bajó precipitadamente al despacho del Almirante.

Encima de la mesa vió dos cajas; cajas cuyo destino no podía ocultarse y que estaban completamente vacías.

La desdichada lanzó un grito de dolor y corrió en busca de su hijo.

—¿Tu padre se está batiendo!

—¿En dónde encontrarle?

—Esos señores se marcharon hacia el bosque de los Olmos, —dijo un jardinero.

—La llegada de un ordenanza de la estación telegráfica inmediata, con un despacho para el Almirante, detuvo á los que iban á salir en busca de éste.

La Condesa rompió el sello con un ademán febril, y se enteró de su contenido.

Rosa robada por el marqués de Breynes.

FLORENCIA.

Al ver la señorita Carpiquel que no recibía ninguna noticia, fuese al hotel de Cour-la-Reine y allí se enteró de que el Almirante ya no se hallaba en París. En vista de ese resultado, envióle ese despacho.

El golpe fue muy rudo para Valentina, sobre todo, después de lo que venía sucediéndola desde hacía algunas horas.

A lo lejos oyóse una detonación, á la que siguieron otras dos que casi se confundieron.

Abrazó Jorge á su madre, diciéndola:

—¡Es tarde, madre, pero aún puede haber esperanza!

Y dejando á la Condesa entregada á los cuidados de Marta y Benita, echó á correr, en dirección del bosque de los Olmos.

Después de la marcha de Jorge, ocurrió en el parque de Savigneux una escena muy dramática.

La condesa de Kerhoët quedóse inmóvil, como petrificada, y con la vista fija en la dirección en que habían sonado las detonaciones y esperó con el corazón palpitante y respirando apenas, sostenida por los brazos de las dos mujeres. En esta posición se hallaba cuando se presentó un criado, llevando un paquetito en la mano.

Era Lambert, el criado del marqués de Breynes, que cumplía la odiosa misión de que le habían encargado, y que por otra par-

te ignoraba el valor que tenían las cartas de que era portador.

—¿El señor Jorge de Kerhoët? — preguntó.

Benita le respondió:

—¿Qué le queríais?

—Entregarle este paquetito.

—Dádmelo.

—Tengo orden de no entregarle á nadie más que á él.

—¿De parte de quien?

—De mi amo, el señor de Breynes.

Al oír este nombre púsose en pie la Condesa y antes de que el fiel Lambert pudiese oponerse, le arrancó el paquetito de la mano y rompió el papel que lo envolvía. No hizo más que leer la primeras líneas de la carta del Marqués, que acompañaba á las otras, y su rostro enrojació de indignación.

Saludó el criado y dió un paso para alejarse, pero se lo impidió la llegada de la señorita de Restaud, que detuvo su caballo jadeante y sudoroso á pocos pasos del sitio en que se desarrollaba esta escena, contemplando el grupo formado por la Condesa, Marta, Benita y el criado del Marqués. Una sola ojeada bastóla para comprender lo que sucedía y repitió las mismas palabras que pronunciara poco antes su prometido.

—¡Demasiado tarde!

Había estado en Roigny, en casa del Marqués, con objeto de enterarse de si realmente había dado la orden de llevar á cabo la infamia con que la amenazaba.

En Roigny, y en las cocheras, sólo encontró á Narciso Minard y á su compañero, que aún no habían abandonado la casa, y que sólo pudieron decirle que Lambert, el guarda del coto, habíase marchado con el único caballo que quedaba en las cuadras, pero sin manifestarles á donde iba, en el que se figuraban que había de regresar antes de las nueve.

Este era el tiempo que se necesitaba para ir á buen paso desde Roigny á Savigneux.

Elena siguió este camino lanzándose á rienda suelta en persecución del portador de las cartas que la deshonoraban.

Al llegar á Savigneux vió que el caballo del criado estaba atado á una anilla, al lado de la verja de la entrada. Franqueó esta decidida á todo, mas cuando vió al mensajero del marqués de Breynes al lado de la Condesa, comprendió que todo estaba concluído, y que no podía hallar salvación.

No obstante tuvo fuerzas para preguntar, aunque con mucho trabajo, porque una horrosa angustia oprimíala la garganta:

—¿En dónde está?

—¿Quién? ¿El señor Jorge?—replicó la señorita de compañía.

—Sí.

—En el campo, hacia Vilesnes.

La Condesa no dijo una palabra.

El rostro de la desgraciada joven estaba convulso, sufría de una manera inexplicable.

Quedóse un momento indecisa, no sabiendo qué hacer y anonadada por el dolor.

Compadecióse la Condesa, y se acercó á la señorita de Restaud.

—¿Es cierto, entonces?—preguntó.

—¡Sí!—murmuró Elena con voz apagada.

—¡Pobre joven!

Sacó la señorita de Restaud del pecho la carta que había escrito para Jorge y entregándosela á la Condesa, dijo:

—Entregadle ésta al mismo tiempo que las otras.

—¡No! ¡Quemaré las otras!

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Gracias!

—¿Qué pensáis hacer?

—Más adelante lo sabréis... muy pronto quizás. ¡Rogadle á Jorge que me perdone! ¡Adiós!

Castigó duramente á la yegua, que volvió á emprender la desenfrenada carrera.

A unos doscientos metros del sitio en que ocurrió esta escena elevábanse los muros que rodeaban el estanque, en cuyo centro habían edificado el castillo de Savigneux. Esos muros, que por la parte del parque tenían la altura de una barandilla, estaban ocultos tras una verdadera cortina de plantas trepadoras, y Elena, que había lanzado su yegua á la carrera, quiso obligarla á que franquease el obstáculo.

Franquear aquella barandilla representaba una caída desde unos veinte pies de elevación, que era lo que tenía el muro por la parte de las aguas, que eran muy profundas. La yegua olfateó el peligro y se defendió dando un bote de costado, encabri-

tándose ante el obstáculo y saliendo á escape en dirección á la verja por donde había entrado.

Al salir del parque internóse la joven en un sendero que es un atajo para dirigirse á Vilesnes y al Sena. Los labradores que la vieron pasar y creyeron que el caballo se la había desbocado, y que no podía contenerlo, estaban en un error, porque Elena huía desesperadamente de la persecucion de dos jinetes á los que acababa de ver en Vilesnes, y echó por medio del campo para evitar que la alcanzasen.

La Duquesa, una vez enterada de lo que le decía su sobrina, lanzólos en seguimiento de ésta, prometiéndoles una fortuna si la alcanzaban y conseguían hacerla volver.

Los dos jinetes eran criados de los Duques de Rouévres.

Mientras tanto que esto ocurría en el campo, la Duquesa, presa de mortales angustias, hallábase en la terraza del castillo, desde donde dominaba todo el valle, el río y los trabajos de la exclusiva, y desde aquel sitio presenció un espectáculo aterrador. A lo lejos vió un caballo que atravesaba los campos con desenfrenada carrera, y que ese caballo, sin detenerse ni un momento y siguiendo al mismo paso entró en el muro de la exclusiva, y al llegar á su extremo, hacia la mitad del Sena, se detuvo en firme.

La mujer que lo montaba dióle unos cuantos latigazos con tanta violencia, que le obligó á encabritarse y arrojarse al agua, y desde

la terraza pudo ver la Duquesa cómo el agua se levantaba al recibir el choque.

Después no vió nada más que las aguas algo revueltas.

En la exclusiva no había ningún trabajador.

A los pocos minutos llegaron los dos jinetes que iban en seguimiento de la joven y se detuvieron en la orilla, haciendo desesperadas señales á invisibles personajes, marineros sin duda, para que acudiesen en auxilio de la señorita Restaud.

El caballo de ésta hacia esfuerzos para salir á la orilla, pero árrastrábale la corriente, y su dueña había desaparecido, siendo inútiles cuantas pesquisas hicieron para buscarla, encontrándola pasadas dos horas.

La justicia de los hombres no podía hacer nada contra Elena de Restaud.

XXI

El Duque, al quedar desarmado, no hizo ningún movimiento, y es preciso hacerle justicia, no intentó defender su vida, limitándose á mirar audazmente á su adversario.

—Tirad si queréis,—dijo al Almirante y cuando éste sólo se hallaba á dos pasos de él.

—Estoy en mi derecho y uso de él,—contestó el marino.

—Es muy justo.

Durante un segundo vaciló el conde de Kerhoët y de pronto tiró al suelo la pistola. Repugnábale hacer fuego sobre un herido y matarle cuando no podía defenderse.

—Sois libre, señor Duque,—le dijo,—¿sufrís mucho?

Púsose muy pálido y tuvo necesidad de apoyarse en un árbol para no caer al suelo.

—¡Y lo peor es que estamos completamente solos en medio de este bosque.—exclamó el Conde.

¡Perdonadme, mi Almirante, pero aquí estoy yo!—dijo Trediou saltando al paseo con la escopeta en la mano.

—¿Qué significa esto?—preguntó el conde de Kerhoët.

—Significa, mi Almirante, que esta mañana, sin quererlo, me enteré de todo. Y me figuré que iba á pasar algo grave. Es preciso que me perdonéis, porque conociendo las condiciones del desafío quise venir para presenciarlo y socorremos en caso de necesidad. Mirad, mi Almirante.

En la americana del Almirante, á la izquierda y á la altura del corazón, veíase un agujerito redondo.

—¿Podéis andar, señor Duque?

—Lo probaré,—contestó.

Este sufría de una manera atroz á consecuencia de su herida, pero más aún de la que recibiera en su amor propio.

Al llegar á las lindes del bosque tuvo que detenerse.

Jorge llegó corriendo y trastornado; dominado por profunda emoción arrojóse en brazos de su padre.

—¡Estáis sano y salvo!—exclamó.

—Sí,—respondió el señor de Kerhoët,—y en adelante no nos separaremos.

—¿Y el Duque?

—El señor duque de Rouévres se hirió por imprudencia, con un arma que creía descargada. Fijáos bien en ese detalle, hijo mio.

—Sí, padre mio.

Llegaron al castillo y la Condesa se arrojó á los pies de su marido.

—¡Sí expusisteis vuestra vida fue por culpa mía!—murmuró Valentina.

El Almirante la obligó á levantarse y la abrazó con mucha ternura.

—Quería tener el derecho de perdonaros.

Un lacayo montado en un caballo jadeante detúvose al pie de las ventanas del salón en que se desarrollaba la escena.

—¿En dónde está el señor duque de Rouévres?—preguntó el recién llegado.

—¿Qué es lo que pasa?

—Que ha muerto la señorita.

—¿Cómo?

—Sí, acaba de arrojarse al Sena.

La Condesa, que no había abierto la carta de la señorita de Restaud, se la entregó á su hijo que no sabía qué pensar.

Leyó las primeras líneas y no pudo contener una exclamación de sorpresa.

—¡Desgraciada! ¡Cuánto ha debido sufrir!

Mandaron enganchar un carruaje en el que

tomó asiento el duque de Rouévres con la mano vendada, que llegó á su quinta precisamente en el momento en que los marineros dejaban en la terraza el cuerpo inanimado de su sobrina.

Quedáronse solos y cuando se alejaron los criados de Vilesnes la Condesa entregó á su esposo el despacho enviado por Florencia.

—¡Han secuestrado á Rosa!—exclamó el Conde.

—¡Han secuestrado á Rosa!

—Sí.

—¿Quién?

—El marqués de Breynes.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Porque el señor de Breynes ha muerto.

—¿Qué dices?

—Le mataron la noche pasada.

—¿En dónde?

—En Vilesnes.

—¿Y quién?

Reunió Jorge en un mismo abrazo á sus padres y con voz temblorosa dijoles:

—La señorita Restaud, que era su querida.

Los Condes de Kerhoët y su hijo guardaron religiosamente el secreto de la desdichada joven, que al menos se llevó á la tumba la aureola del honor.

Todo el mundo atribuyó á un suicidio la muerte del Marqués.

Aquella misma noche, á las ocho, el gran salón de Cours-la-Reine hallábase tan ilumina-

nado como en los días de grandes recepciones.

Los dueños de la casa habían llegado á París por la tarde y Jorge de Kerhoët tuvo ocasión de escuchar de labios de su padre el relato de todo lo ocurrido.

A su vez confesó Jorge al Almirante lo que la casualidad le revelara en aquella noche en que por la primera vez de su vida se arrojó en sus brazos con una expresión de cariño que su padre comprendió perfectamente.

¡Hasta entonces habia acusado!

—Existen en la vida algunas fatalidades más fuertes que el hombre,—dijo el marino.—Respeta á tu madre y quíerela con toda tu alma, que si alguna vez cometió conmigo una falta, en cambio ha sido para tí la más cariñosa de las madres.

En cuanto llegó á París, lo primero que hizo Jorge fue ir á visitar á Rosa para tranquilizar á su madre. Habló largo rato con su hermana, y cuando se separaron ambos tenían los ojos humedecidos por las lágrimas.

En la casa de la calle de Mondetour le enteró de gran parte de los acontecimientos que ya conocen nuestros lectores, y los que ocurrieron en Savigneux y Vilesnes se desarrollaron en muy pocas horas.

Al dar las diez de la mañana entraron Hipólito y los hermanos Ladurin en casa de Teresa Godin, que recibió á su hija derramando lágrimas de alegría.

—Abraza á mi salvador,—dijo Rosa,—es el hombre más animoso y leal que conozco.

Florencia Carpiquel que, desde la ventana de su cuarto observaba lo que sucedía en el de sus vecinas, se enteró de la llegada y se presentó inmediatamente. La ex costurera abrumó materialmente con sus repetidas preguntas á Ladurin y á Rosa.

—El tal Marqués es un granuja y un perdido,—dijo á manera de conclusión.

Poco fue lo que tardó en llegar al Mercado la noticia del regreso de Rosa, siendo Felliciana quien mostró más empeño en ello.

En sus idas y venidas encontróse con Meraud, que estaba furioso y echaba pestes por la boca contra Ladurin, y no le faltaban motivos, porque la historia de lo ocurrido en el café circulaba de boca en boca en el Mercado, que le dolía quizás más aún que los golpes que recibiera.

En su concepto Ladurin era un hombre que merecía con sobrada justicia los apodosos que le daban de Goliat ó de Porthos.

—Con un solo bofetón os echaría á rodar,—dijo la señorita Rocher,—y os aconsejo que no os metáis con él, porque aun cuando es más cariñoso que un cordero, nadie es capaz de saber lo que puede suceder si se le sube la sangre á la cabeza. Creedme, lo mejor que podéis hacer es vivir en paz con él.

Presentóse Pedro Raguanel y Florencia Carpiquel le dió muchos detalles acerca de lo ocurrido, aprovechando la ocasión para poner en las nubes la virtud de su vecina. El

pasante, que desde la vispera no podía estar quieto ni un minuto, sintió mucho no haber tomado parte en la expedición de Roigny.

Al negarse á acompañar á Ladurin obedeció á la influencia de una preocupación que muchos en su caso habrían experimentado. En el fondo sentíase muy apenado y no se atrevía á comparecer ante la mujer á la que por un momento consideró como á su futura esposa, y de cuyo recuerdo no podía desprenderse.

Al pensar en esto hacíase siempre la misma pregunta. ¿Qué interés tenía el Marqués en perder á Rosa, en hacer de ella su querida ó su esposa, puesto que según aseguraba la señorita Carpiquel, el marqués de Breyne la ofrecía casarse con ella, cosa á lo que Rosa se negaba rotundamente? Pedro Raguanel no conseguía disipar las tinieblas que rodeaban el asunto.

Llegó un momento en que no pudo contenerse más, y á eso de las siete dirigióse á la calle de Mondetour. Subió á casa de Teresa.

Anita fue la que salió á abrirle.

En el momento en que entró Pedro Raguanel en la habitación, Teresa y Rosa hablaban del porvenir, porque en su casa no tenían más que cincuenta francos.

Rosa escuchaba á su madre sin que al parecer la afectase mucho el cuadro que ésta trazaba de su situación.

Pero para dos mujeres que no ambicionaban nada más que tranquilidad, era la riqueza

za la fortuna modesta del doctor Montel.

Recibióle Rosa sin cortedad, experimentando cierto malestar en presencia de aquel hombre, al que quizás habría amado.

—Según tengo entendido habéis corrido grandes peligros, querida Rosa,—dijo Pedro con voz un tanto conmovida.

—Tuve yo la culpa. ¿Por qué me expuse? Con mi conducta hice que se pensase mal de mí, y bien sabe Dios que no lo merecía.

—¿Y qué es lo que os prometía ese infame de Breynes?—preguntó Raguanel.

—Revelarme un secreto.

—¿Un secreto?

—Sí, creíle néciamente y acudí á la cita que me dió. Ahí tenéis toda mi historia.

—¿Y el Marqués cumplió su promesa?

—No,—dijo.

—¿No existía ese secreto?

—Sí.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque lo he descubierto.

—¿Vos?

—Sí, yo.

—¿Y cómo?

—Como se descubren la mayor parte de las cosas, por casualidad.

—Y ese secreto, ¿puede cambiar en algo vuestra situación? No es por una pueril curiosidad por lo que os interrogo, pues bien sabéis cuánto me intereso por vos.

—En efecto, ese secreto podría cambiar mi posición y la de mi madre, pero ese secreto no saldrá jamás de aquí.

Dijo y se llevó la mano al pecho.

La señorita Carpiquel llamó y entró muy sofocada.

—Vengo para comunicaros que vais á recibir una gran visita,—dijo casi sin poder alentar.—En la puerta se paró un coche.

—¿Cuánto van á charlar en el barrio! ¡Cuán difícil es conservar una buena reputación! ¿Quién viene á vernos?

—El señor Jorge de Kerhoët.

—¿El hijo del Almirante?—preguntó Pedro.

—El mismo.

—¿Y qué viene á hacer aquí?—interrogó la señorita Carpiquel.

—Os juro que lo ignoro,—dijo muy turbada Rosa;—¿pero es posible negarse á recibir personajes de tanta consideración?

Quiso retirarse Pedro y Rosa le obligó á quedarse.

—Quedáos,—le dijo,—y así declararéis en mi favor si alguien me acusa sin razón; ¿no seguís siendo nuestro amigo?

Sonó la campanilla y Anita acudió corriendo á la puerta.

—¿Estáis prontas?—preguntó Jorge de Kerhoët entrando en la habitación.

Señalóle Rosa á sus dos visitas.

—La señorita Carpiquel,—dijo,—y el señor Pedro Raguanel, uno de nuestros mejores amigos.

Jorge se inclinó.

—Os están esperando,—respondió.

—¿En dónde?—dijo Teresa.

—En casa del Almirante Kerhoët,—respondióle Rosa.

—¿A mi?

—Sí, á ti.

—¿Y para qué?

—Para darte cuenta de la gran felicidad que nos espera.

—¿Estaremos allí mucho tiempo?

—No, señora,—respondió Jorge.

Anita abría desmesuradamente los ojos y Florencia Carpiquel quedóse pensativa olfateando grandes novedades, pero sin saber á punto fijo de qué clase podían ser.

Mientras subían al coche, la portera no se separó de la puerta, quedándose con la boca abierta. Cuando el coche se alejó, dijo dirigiéndose á la solterona:

—Cuando le cuente á Joselín lo que pasó va á sentir mucho el haberse marchado, y francamente, no sé qué pensar, ¿quién es esa bendita Rosa para que todo el mundo ande de ese modo tras de ella?

Los Ladurin, que volvían de sus faenas del Mercado, enteráronse de lo que pasaba, y Vicente se impresionó bastante.

—Esta vez se llevaron á la madre y á la hija, pero son personas dignísimas las que lo hicieron, ¡nada menos que un Almirante, Conde y rico!—dijo Florencia.

Retiróse el carnicero á su casa algo pesoso. Tenía miedo de que su conducta pareciese indiscreta.

Renato habíase cansado mucho la noche anterior, y no tenía ganas más que de dor-

mir, y así procuró ante todo satisfacerlo, lo que hizo con la tranquilidad del hombre que tiene la conciencia serena.

XXII

Jorge acompañó á Rosa y Teresa al hotel de Cours-la-Reine, en cuyo salón principal esperábanlas el Almirante y la condesa de Kerhoët. Teresa, que estaba muy preocupada, preguntóse repetidas veces qué era lo que tenían que decirle. Recibióla el Almirante con mucho cariño y cogiéndola de la mano hizo que se sentase á su lado.

—Quise siempre mucho á vuestra madre,—la dijo,—que fue la que me cuidó siendo niño. Soy casi vuestro hermano porque ambos hemos recibido sus cuidados y casi somos tan hijos de la mujer que nos dió el ser como de la que cuidó nuestra infancia.

—¡Señor!

—¡Soy un gran culpable!

—¿Vos culpable? ¡Imposible!

—Sí, y si os rogué que viniérais á nuestra casa fue para que escuchárais mi confesión. ¿Os acordáis de la noche del 27 de Marzo de 1858?

—¡Sí! ¿Cómo olvidarla?

—Os hallabais entonces en casa de vuestra madre, y á poca distancia de ese sitio,

en una casa inmediata, otra mujer esperaba también con ansia llegase la hora de su alumbramiento. A esa mujer, por la que hubiera dado yo mil vidas, engañóla un miserable, uno de esos hombres que tienen á gala perder á las desdichadas que tienen la desgracia de escucharles. Impulsado por la locura de la desesperación y de la cólera, cegado quizás por el dolor, quise imponer la pena mayor que se puede hacer sufrir á una madre; la de quitarla su hija. Antes os dije que vuestra madre me quería, y he de confesar que abusé de la influencia que tenía sobre ella, y os quité á vuestra hija para reemplazarla con la de la mujer que me había engañado.

—Entonces...—murmuró Teresa acongojada,—Rosa... no es... mi hija.

—¡No!

—¡Imposible!—replicó.

—¿No te dije, madre, antes de que viniésemos aquí, que no temieses nada?

—Pero, ¿y mi hija?

—Tranquilizáos, está viva.

Salió Jorge del salón, y á los pocos minutos volvió llevando á Marta de la mano.

—Aquí la tenéis,—dijo á Teresa;—abrazadla.

Lo mismo que Rosa estaba Marta enterada de su historia y se puso de rodillas delante de su madre, mientras que la Condesa, cediendo á un impulso de cariño maternal lanzó á sus brazos á Rosa que llorando echóse en ellos.

¡Dulces lágrimas que borraban veinte años de pesares y privaciones!

Comprendió Rosa lo que pasaba en el ánimo de la que durante tantos años consideró como madre y procuró calmarla.

Separóse de la Condesa que la tenía entre sus brazos, acercándose á su madre, á la verdadera, á la que por ella sacrificara su juventud y hasta su porvenir, dedicándola sus noches de insomnio y sus días de rudo trabajo y amargas cavilaciones, la besó con cariño y la dijo:

—No te apures, no pierdes nada, pues en adelante tendrás dos hijas en vez de una, lo mismo que mi otra madre. Tendrás también un hijo, porque el señor Jorge ama á Marta.

—¡Rosa!—murmuró Marta queriendo interrumpirla.

—Me lo confesó,—siguió diciendo Rosa,—y te pide la mano de tu hija.

—¡Esa sería demasiada felicidad!

—Y ahora, madre,—añadió,—vamos á volver á nuestra obscuridad. Cada una de nosotras se quedará al lado de la que la educó. Marta está en su sitio en el hotel-palacio de los condes de Kerhoët, y en cuanto á mí no sabría vivir en él. Vámonos...

—¡Rosa! ¡Hermana mía!...—dijo Jorge.

—Dejadme que me marche, es preciso que obre de este modo. Estaba enterada de la verdad respecto á mi historia, y hubiese sido cual hubiese querido mi suerte, no habría revelado á nadie ni una palabra de ella.

Libréme de varias intrigas gracias al valor de un honrado joven, que me ama, y que al quererse casar conmigo, no cuenta para nada con mi fortuna, caso de que me decidiese á aceptar sus proposiciones. El marqués de Breynes se apoderó del testamento del doctor Montel, y yo lo rescaté.

—¿El marqués de Breynes?—dijo Jorge.

—Sí.

—Ha muerto, y no tenéis por qué temerle.

—¿Cómo?

Calló Jorge, y durante un minuto vaciló.

—Se suicidó,—contestó.

—El doctor Montel me legó su fortuna,—dijo Rosa,—y nos bastará y sobraré á mi madre y á mí. Por lo que se refiere á ese otro documento, gracias al que averigüe la verdad respecto á mi nacimiento, no quiero hacer ningún uso de él, pues sólo deseo, madre mía, vuestro cariño. Por esta razón sólo vendré á veros alguna que otro vez, y cuando estéis sola ó queráis recibirme.

—¡Qué conducta más noble!—exclamó el Almirante.

—Antes de morir contó el doctor Montel nuestra historia en ese papel,—dijo Rosa dirigiéndose á Marta.—Sabiéndolo ambas, como lo sabemos, ¿no te parece que es suficiente?

Y al decir esto acercó el papel á la llama de una bujía y lo quemó.

—Ahí tienes reducida á cenizas nuestra genealogía. Adiós, madre mía,—añadió presentando la frente á la Condesa,—no soy

más que Rosa Godin la pescadera del Mercado, ¿no es esto preferible para todos?

—¿Y á mí no queréis permitirme que os abrace, hija mía?—preguntó el Almirante.—Si accedéis lo consideraré como mi perdón.

Rosa le abrazó. Estaba rendida; tantas emociones seguidas habian acabado con sus fuerzas, á pesar de su energía, y estuvo en muy poco que no se desmayase.

—Tengo que deciros dos palabras aún tanto á vos como á vuestra madre,—dijo el Almirante llamándolas al hueco de una ventana.—¿No hablasteis antes de un honrado muchacho que os amaba?

—Sí; pero es un hombre muy sencillo.

—Sí; mas tiene un corazón de oro.

—Y de una delicadeza extremada.

—¿Le amáis?

—Le estoy muy agradecida por lo que hizo por mí.

—Es imposible, dada la nobleza de vuestros sentimientos, que os equivoquéis en vuestras apreciaciones. Lo mejor, por lo tanto, es que dispongáis de vuestra mano como mejor os plazca, porque lo único que nosotros deseamos es que seáis muy feliz. Vuestra madre os dará un millón de dote.

—¡Si no quiero nada!

—Os compraremos una hacienda en esas praderas normandas por las que corriais cuando erais muy niña, y de ese modo, además de ser vecinos, no compondremos más que una sola familia.

—Y en adelante este secreto quedará olvidado para todos,—contestó Rosa.

A los pocos instantes de ocurrir esta escena, llevábase Teresa á Rosa en el coche como quien lleva una codiciada presa, habiendo sufrido mucho al ocurrírsela la idea de que podían privarla de su compañía.

—¿No te lo previne?—dijola Rosa.—¡Es que no me conoces! ¡Déjame que quiera á la Condesa de Kerhoët, que es mi madre, y te prometo que ni tú ni yo nos separaremos jamás!

Mientras tantó, Jorge hablaba con Marta que escuchaba temblorosa sus confesiones y la decía:

—¡Ahora no hay ya ningún obstáculo entre nosotros! ¡Si supieseis cuán feliz soy al pensar que no sois mi hermana, después de haberlo creído durante tanto tiempo!

Aquella noche fueron felices quantos se cobijaban bajo el techo del hotel de los condes de Kerhoët.

Y ahora, si es que tenéis curiosidad de saber qué fue de la vida de los personajes que figuraron en esta narración, vamos á decirlo.

Después de la muerte del marqués de Breynes, que quedó envuelta en el mayor misterio, y que la mayor parte de los periódicos atribuyeron á un suicidio, mientras que del de Elena de Restaud, decían que había sido obra de un accidente, ¡oh, vanidad del arte de la información! La duquesa de Ronévres abandonó á París para marcharse

á vivir al Mediodía, en donde habita con el Duque, que se condenó él mismo á un ostracismo voluntario lejos del mundo.

La Duquesa pasa todo el año en Hyeres, consagrada á hacer obras de caridad.

.....
El Almirante Kerhoët pasa la mayor parte del tiempo en sus posesiones de Morville, habiendo renunciado por completo á los viajes, y no pensando volver á embarcarse más que en el caso de que las necesidades de su patria exigiesen ese sacrificio.

Con alguna frecuencia va á París, en donde goza de general estimación, pero nunca se detiene mucho, volviéndose en seguida á sus posesiones.

En Trouville pasa la vida entre los pescadores, y todos los habitantes, lo mismo que los bañistas y los vagos del puerto, conocen á la ligera su velero *yacht*, en el que hace algunas excursiones, sin duda para no olvidar el oficio.

Es imposible que un marino no le tenga cariño al mar.

.....
A los seis meses de ocurrir la muerte de la señorita de Restaud, casóse Jorge de Kerhoët con Marta María, la verdadera hija de Teresa Godin.

Marta no sospechó jamás que Meraud fuese su padre.

—Vuestro padre hace muchos años que falleció,—la dijo Teresa un día.

Jorge y Marta son dichosos, y conforme

se ha dicho antes centenares de veces, la felicidad no necesita narradores.

Al poco tiempo de la muerte del abuelo Godin, ocurrida al día siguiente de enterarse de la noticia de que su nieta heredaba los cuatro ó cinco mil francos de renta del doctor Montel y la casa de éste.

El día que recibió esa noticia, creyó que debía solemnizarla entregándose á excesivas libaciones, porque todo sirve de pretexto á un borracho perdido para entregarse á su vicio dominante.

Volvió al anochecer á su casa, después de haber hecho algunas estaciones en las zanjas inmediatas, y le acometió un fuerte temblor, debido á sus excesos, y entregó su alma á Dios al mismo tiempo que mascullaba entre dientes sus dicharachos de costumbre contra Teresa.

—¡Todo para ella! ¡No hay como tener buen palmito! ¡Raza de bastardas! ¡Todo para las mujeres!

El día en que empezaron el derribo de las casas de los pescaderos, para ensanchar por aquel lado el parque de Morville, asombráronse mucho los albañiles, al ver caer de un hueco, situado sobre una carcomida viga, una lluvia de luises de una fecha muy reciente.

Aquel dinero era el que el Almirante había dejado á Francisca Godin, y que ésta ocultó en aquel agujero para poder ir auxiliando á su hija, sin que se enterase su marido.

Su muerte prematura la impidió hacer uso de ese capitalito, y se llevó á la tumba el secreto de su tesoro.

*
**

Meraud vive aún, pero que viva ó muera importa poco, porque su raza es de esas que jamás perecen, y siempre existirán. Meraud en el barrio del Mercado y en todas partes, es una semilla ó tipo que se multiplica hasta el infinito.

Todas las mañanas y en ocasión de ir á dar un paseo por el Mercado, apoyándose en el brazo de su primo el comerciante de salazones, trata de esa cuestión poniéndola sobre el tapete y termina casi siempre diciendo:

—¡Oh! ¡Lo que son las mujeres, amigo mío! ¡Cuando te digo que con ellas no se puede contar para nada!

*
**

Clara, su revendedora, enamoróse de un dependiente del Mercado de los que servían de voceadores en las subastas, y como el hombre tiene las mismas aficiones que el

abuelo de Godin, la infeliz recibe más palos y bofetadas que caricias.

Es una pareja modelo en que todas las discusiones acaban á golpes.

*
**

Pedro Raguenel pasó seis meses sin poderse consolar por no haber sabido aprovechar la ocasión de casarse con una mujer tan hermosa y con tan buen dote, y al cabo de ellos se convenció de que la cosa no tenía remedio.

Para consolarse compró en provincias una Notaria que administra con todas las reglas del arte, y se casó con una joven de la clase media delgada y huesosa, pero en cambio aportó al matrimonio una buena dote.

La hortelana de Argenteuil ha podido decir con razón que se realizaron todos sus deseos y colmaron sus ambiciones, pero todo no se consigue por completo en este mundo.

Su hijo vive un poco lejos de Argenteuil, y el quinquillero está muy satisfecho con ese alejamiento, porque si bien dice que la buena mujer tiene excelente corazón, y es muy apreciable, no deja de parecerle bastante vulgar.

Y ahora, si queréis ver en la tierra la representación de la felicidad, id á La Vallée.

Esta hacienda no es lo que pomposamente

suele llamarse un castillo, sino una magnífica granja, verdadera residencia de un *gentleman farmer* tal como las comprenden en Inglaterra.

La Vallée es una de esas haciendas que aun cuando sólo tienen unas doscientas hectareas, forma uno de esos envidiados dominios que bastan para el sostenimiento de una familia, habiendo costado un millón á la condesa de Kerhoët.

En esa granja grandiosa hallanse Vicente Ladurin y su esposa Rosa Godin, su madre Teresa, y el más pequeño de los Ladurin, Renato, siempre de buen humor.

Ayudado por Hipólito, que se retiró á la granja á descansar de las penurias pasadas en los malos tiempos, dirige la explotación de las tierras que no están dadas en arriendo.

Allí también está Anita, que á la sazón tiene más de veinte años, y de la que se dice que Rosa va á dotarla para que pasado algún tiempo se case con Renato.

La belleza de Rosa es completa, y por lo que hace á su marido, os desafío á que encontréis en el boulevard un caballero, un *gentleman* que valga lo que él. Pero Rosa no cambiaría á su marido por un Príncipe de la tierra, porque le adora, y en él halló reunidas fuerza y dulzura, y cuantas buenas cualidades debe reunir el hombre para que le adoren.

El Almirante, que es muy inteligente y sabe apreciar en su valor á las personas, suele pasar horas enteras al lado de Ladurin.

Entre Morville y La Vallée existen constantes relaciones, y como si esto no fuese suficiente, se entienden por medio de señales, habiendo el Almirante instalado una especie de semáforo que funciona de una manera admirable.

Si algún día tenéis la suerte de que os reciban en los salones de Morville ó de La Vallée, veréis uno al lado de otro dos retratos de mujer, ambas muy jóvenes, rubia una, morena la otra.

Esos retratos no los pintó Jorge de Kerhotët, sino que son obras de Cabanel y Carolus Duran, y esas dos mujeres, son dos hermanas, Rosa y Marta.

Nadie está enterado de los detalles de la historia que hemos narrado, y hasta la señorita Florencia Carpiquel ignora el verdadero nombre de Rosa Godin.

Esto fue una suerte para todos, porque de no ser así, al día siguiente habríanlo sabido también en el Mercado lo mismo que ella.

Y á propósito de Florencia Carpiquel, el verano pasado la vi en La Vallée, á donde habia ido á pasar unos cuantos días, lo que prueba que la felicidad no es rencorosa y que sólo sabe acordarse del bien para olvidar por completo el mal.

FIN

